

# **Ellos Conocieron a Su Dios**

**Volumen cuatro**

**E. F. & L. Harvey**

Harvey Christian Publishers, Inc.  
3107 Hwy. 321  
Hampton, TN 37658  
Tel./Fax (423) 768-2297  
e-mail: [books@harveycp.com](mailto:books@harveycp.com)  
[www.harveycp.com](http://www.harveycp.com)

Hebron Ministries, INC.  
P.O. Box 4274  
Leesburg, Virginia 20177-8388  
Tel. (800) LAST DAY (527-8329)  
[www.ministerioshebron.com](http://www.ministerioshebron.com)

Derechos Reservados © 1988  
Lillian G. Harvey  
Edición 1997

Impreso en Estados Unidos

Primera edición en español 2011

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida ni transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación, ni por ningún sistema de almacenamiento de información, sin el permiso escrito del dueño de los derechos reservados, excepto si se tratara de incluir citas breves en una revisión.

Titulo original en inglés: *They Knew Their God, Volume 4*  
Traducido al español por Josefina de Machado  
Adaptación de la portada y diagramación por Cristian Leiva

Clave para las figuras de la portada—en dirección del reloj, empezando en la esquina inferior izquierda: John Hunt, Matthew Henry, Freeborn Garrettson, Henrietta Soltau, Frank Crossley, Catherine Garrettson, Dr. Frederick Baedeker, Elizabeth Prentiss.

ISBN

Impreso en los Estados Unidos de América.

# INDICE

<b>Prefacio de los Autores</b>	<b>5</b>
<b>Prólogo del Editor</b>	<b>9</b>
<b>Philip y Matthew Henry</b>	<b>11</b>
<i>La Formación de un Comentarista</i>	
<b>Freeborn Garrettson</b>	<b>23</b>
<i>El Santo a Caballo</i>	
<b>Catherine Livingston Garrettson</b>	<b>45</b>
<i>La Gentil Anfitriona</i>	
<b>John Evangelist Gossner</b>	<b>55</b>
<i>El Intrépido Aventurero en Fe y Oración</i>	
<b>John Hunt</b>	<b>71</b>
<i>El Apóstol a Fiji</i>	
<b>Elizabeth Prentiss</b>	<b>99</b>
<i>La Socorrista Sufriente</i>	
<b>Lord Radstock</b>	<b>119</b>
<i>El Señor que fue Siervo</i>	
<b>Dr. Frederick Baedeker</b>	<b>137</b>
<i>Un Hombre Enviado por Dios</i>	
<b>Frank Crossley</b>	<b>149</b>
<i>El Tesorero de Dios</i>	
<b>Emily Kerr Crossley</b>	<b>167</b>
<i>La Socia del Tesorero de Dios</i>	
<b>Baronesa von Wrede</b>	<b>175</b>
<i>El Ángel de las Prisiones</i>	
<b>Henrietta Eliza Soltau</b>	<b>183</b>
<i>Arriesgada en la Fe</i>	

## Prefacio de los Autores

Hemos continuado cumpliendo con lo que creemos ha sido el propósito de Dios al caminar alrededor de Sión espiritual, contando sus baluartes, considerando atentamente sus antemuros, sus palacios y sus torres; y luego en oración y después de mucha investigación bibliográfica, deseamos relatar nuestros propios e interesantes descubrimientos a la siguiente generación. La mayor parte de la Iglesia de hoy se ha alejado tanto del cristianismo bíblico, que muchas personas de las últimas generaciones no conocen a los hombres y mujeres del pasado que conocieron a su Dios de una manera tan íntima, que ejecutaron Sus consejos, cumplieron Sus propósitos, y nos dejaron un legado de valor infinito.

Los personajes principales en los volúmenes Tres y Cuatro fueron escogidos porque en ellos se manifestó un propósito y una influencia divina en sus vidas. Escucharon una voz y la siguieron; batallaron con su naturaleza pecadora, y vieron en la Redención la solución para su pecado; ellos batallaron contra dificultades infranqueables, pero vencieron. Es evidente que tenían un Espíritu morando en ellos que los movió a tener compasión de los que no eran dignos, y les proveyó recursos celestiales para que pudieran amarlos.

El Espíritu Santo que moraba en ellos se movía sobre sus corazones para hacer la voluntad de Dios. ¿Había una tribu pagana sin haber sido evangelizada? ¡El Señor de la cosecha sabía dónde encontrar Su vaso preparado para suplir esa necesidad! ¿Había una tribu que necesitaba la Palabra de Dios en su propia lengua? ¡Él sabía dónde conseguir un traductor! ¿Se trataba

de una caminata oprimida por señores egoístas? Él tenía Su libertador. ¿Habían tratado los clérigos de despojar a la Biblia de su inspiración gloriosa? ¡Él conocía hombres, poderosos en las Escrituras que podían restaurarla a su gloria original! ¿Era necesario un intercesor? ¡Él podía susurrar Su trabajo de parto y poner sus gemidos en aquellos que estuvieran dispuestos a pasar por ello!

Los Hechos de los Apóstoles no finalizaron hace dos mil años; los discípulos de Jesús se han movido a través de los siglos en medio de campos maduros listos para la siega. A Dios nunca le han faltado Sus Pedros que vayan a la casa de un Cornelio; Sus Pablos listos para ir a los gentiles; un Esteban preparado para el breve sermón en el que un Saulo de Tarso es levantado con los agujones el Altísimo; Sus Felipes que estén tan consagrados como para poder alejarse de un avivamiento para ir al desierto a encontrarse con un inquisitivo eunuco etíope. Él todavía tiene sus desconocidos Ananías listos para enfrenar la muerte para ir tras una puerta cerrada donde alguien que ora tiene necesidad de ser iluminado.

El mundo religioso, tan ocupado y lleno de ruido con sus campañas y filantropías planeadas por los mismos hombres, no está consciente de esas silenciosas multitudes que todavía se mueven tras la columna de fuego, que aún son guiadas por el Señor de los Ejércitos para realizar conquistas que no son reconocidas porque aparentemente son pequeñas y silenciosas. No teniendo ojos espirituales para detectar Sus sendas en el mar, ni oídos espirituales para escuchar su silbo apacible y delicado cuando da una queda orden, y sin tener avivado el espíritu para conocer la tierra que todavía debe ser conquistada, tales personas mundanas no tienen la posibilidad de comprender a aquellos siervos de Dios. Como no son reconocidos, estos santos de Dios caminan sin obstáculos completando la tarea que les ha sido asignada por los cielos. Dios los dotó de espinas en la carne y de grietas en sus vasijas terrenales para protegerlos. Él ha permitido que en muchos casos el relato de sus vidas haya sido preservado para nosotros en biografías, diarios y revistas. Oramos mucho para

que estas lecturas puedan estimular a los cristianos de nuestros días a buscar una relación cercana con su Dios, para que también ellos puedan cumplir la voluntad de nuestro Padre en este tiempo de tanta necesidad.

Estoy muy agradecida por el fiel trabajo de Edward Cook, Trudy Tait y Joan Henry al hacer posible esta publicación. También tengo una profunda deuda hacia mi amado esposo por el trabajo que realizó en algunos de estos bosquejos, y por el privilegio de haber podido continuar su ministerio para que él, estando muerto, aún pueda hablar.

Lillian G Harvey  
Hampton, Tennessee  
Julio, 1989

## Prólogo del Editor

*Ellos conocieron a su Dios volumen Cuatro* fue publicado por primer vez en 1989, y habiendo sido reproducido varias veces del original, pensamos en la necesidad de reeditarlo completamente.

Mi esposo y yo publicamos ahora esta nueva edición de *Ellos conocieron a su Dios, volumen Cuatro* con agradecimiento por la bendición que ha significado para tantas personas a través de los años, y oramos para que continúe desafiándonos a todos nosotros a “Conocer a nuestro Dios” de una manera más rica, plena y total.

Trudy & Barry Tait, Hampton, 2004

En el Cielo, en el Reino de Dios, ningún alma es superflua ni es una repetición de otra, sino que cada una, hasta la más pequeña, es necesaria para conformar la plenitud, como todas las cuerdas en armonía. —Adolph Saphir

Ese grupo de hombres santos sobre sus rodillas  
Volcados en vigorosa fe a los pies de Jesús,  
El centellante botín de gloria será.  
Gracias, entonces, por las multitudes de almas ardientes  
Que en atrevido alcance de profética fe,  
De buen grado han atravesado las doradas puertas futuras  
Y realizado desde allí el sueño de Dios.  
Gracias por el incienso de diez mil oraciones  
Flotando en el aire en medio de nubes de penitencia.  
  
Gracias por las oleadas de apoteósica alabanza,  
Que salan con lágrimas su vida sacrificada,  
Pero reluciendo como con la infinita sonrisa del mar

Que baña incesantemente las playas de la eternidad.  
Y gracias otra vez por las palabras que se vuelven llamas  
De suplicantes labios o de almas de granito ardiendo—  
El fuego del alba apresurándose hacia el ocaso.  
Gracias aún más intensas, homenaje más grande,  
Oh Padre, por el asombroso y encendido secreto  
De tu cercana presencia, cuando tu amado Hijo,  
En todo el esplendor del poder de Su Espíritu,  
A través de la larga semana de la fiesta de coronación  
Visitando de nuevo los campos de batalla de la fe,  
Ante la ávida mirada de la mitad de Su Iglesia,  
¡Convoque a la corte real adentro de las murallas de  
nuestra ciudad!

—C. A. Fox

Dios nunca se repite a sí mismo. Ninguno de sus pensamientos son exactamente iguales, ninguna de las necesidades es exactamente igual, ninguno de los pecadores va a llegar a Cristo de la misma precisa manera. En lugar de ver hacia las experiencias de otros, busque una para usted mismo.

—D. L. Moody



## Henrietta Eliza Soltau

### *Arriesgada en la Fe*

Todo estaba tranquilo en el hogar misionero para niños la víspera de Año Nuevo. Parecía ser un tiempo ideal para hacer el inventario, y eso era lo que la joven mujer, Henrietta Soltau, estaba haciendo. En la oscuridad de la habitación, iluminada sólo por los leños que ardían en la chimenea, con el rostro manchado por las lágrimas la joven hacía el inventario de sus logros espirituales.

“Soy falta en todas las áreas”, fue su veredicto a medida que repasaba los escasos resultados de sus esfuerzos evangelísticos durante el recién pasado año. Un sentimiento de total fracaso la abrumaba, aunque era realmente cierto que ella podía registrar muchos notables ejemplos de la forma en que minuto a minuto Dios había tenido cuidado de su familia adoptada cuando nadie, sino Él, había conocido sus desesperadas necesidades.

Un golpe en la puerta llevó a un abrupto fin la auditoría de sus logros espirituales. Al abrir, Henrietta encontró que se trataba de su amiga que iba a acompañarla al servicio de media noche. Ella no se molestó en encender la lámpara de gas, pero removió los leños que ardían en la chimenea. “He venido a pedirte ayuda”, explicó la recién llegada. “No puedo enfrentar otro año bajo el sentimiento de fracaso espiritual con que estoy cerrando éste. Estoy segura de que me puedes ayudar, porque tú eres muy diferente.”

“Qué poco me conoces”, suspiró la Srita. Soltau. “Precisamente he estado sentada aquí revisando mi propia vida, y al igual que tú, veo fallas por todos lados”. Esta franca y abierta confesión trajo como resultado una reunión semanal de oración los días lunes. Otras personas fueron invitadas, y el grupo de

cuatro creció hasta que el lugar se llenó con otros que tenían un hambre parecida a la de ellas por tener más y más de Dios.

Para entender totalmente a Henrietta, necesitamos conocer su trasfondo. Ella había sido más que bendecida en el ambiente de su hogar. Siendo una de nueve hermanos y hermanas, había crecido en medio de una excelente atmósfera espiritual y mental. Su padre era uno de los iniciales Hermanos Plymouth, ese dotado y culto grupo de hombres profundamente nacidos de nuevo. Puede descubrirse la riqueza de su herencia por medio de las biografías de esos primeros pioneros que habían sacrificado los honores mundanos, amistades y el aplauso de los hombres, para retornar a los principios escriturales en cuanto a los negocios, la iglesia y la vida familiar. Ellos también habían dejado el refugio de la iglesia anglicana, al convencerse de que era necesaria una forma de adoración más sencilla y más bíblica.

Su padre, Henry William Soltau, tenía excelentes ventajas educacionales. Habiéndose graduado en Trinity College, estudió Derecho y fue llamado a la barra Chancery de abogados. Al completar sus estudios se trasladó a Londres, y fue bastante popular en los círculos sociales debido a sus dotes musicales, literarias y otras de tipo intelectual.

Cuando tenía treinta y dos años, la muerte de su madre llevó a Henry de regreso a Plymouth para asistir a su funeral. Durante el viaje tuvo el tiempo para reflexionar sobre los últimos años de su vida. Pensamientos serios acerca de Dios, de la muerte y de juicio, lo prepararon para lo que seguiría después. Cuando estaba parado junto al cuerpo inerte de su madre, Henry hizo una confesión que cambió su vida entera: “Señor, si tú no me salvas, estoy perdido para siempre.” Entonces, la salvación total y triunfante le fue expuesta ante sus encenguecidos ojos, y se aferró de ella.

Al regresar a su grupo social fue enfrentado con este problema: ¿debía conformarse a las presiones de su grupo intelectual sólo para conservar su lugar junto a ellos, y buscar así ganar a algunos para Cristo de ser posible? ¿O debía llevar sobre sí mismo el reproche de su Señor? Esto conllevaba salir junto con Él fuera del campamento como lo sugiere este poema:

Fuera del campamento en tu amado nombre,  
Atráeme ¡Oh Cordero de Dios!  
Lejos del mundo con su pecado y vergüenza,  
Donde santificado es todo pedazo de tierra.  
Fuera del campamento hay un lugar solitario,  
Fuera del muro de la ciudad;  
Allí sobre tu pecho deja a mi alma reposar,  
Fuera del campamento contigo.

Fuera del campamento en tu amado nombre,  
Esto veo en tu palabra;  
En ese nombre, entonces yo comparto Su oprobio,  
Lugar privilegiado para estar.  
Celebrando en Cristo, Su oprobio compartir,  
No me tientes alma mía a irme de aquí;  
Nada puede compararse con la bendición allí,  
Fuera del campamento contigo.

Fuera del campamento en tu amado nombre,  
Un bendecido grupo al cual pertenecer;  
Bandera de amor de tu presencia celestial,  
Hacia ti mi alma puedes atraer.  
Se avergüenza mi alma porque  
Adentro del muro ha querido morar;  
Riquezas de gracia al contemplar aquí tu rostro,  
Fuera del campamento contigo.

Fuera del campamento en tu amado nombre,  
Señor, que yo sea encontrado allí,  
Separado del mundo con su pompa y su fama,  
Reposando en tierra santa.  
Fuera del campamento junto a ti hasta  
El fin de mi vida;  
Entonces, cara a cara todas tus misericordias trazaré  
Adentro del campamento contigo.

F. G. M.

Teniendo por naturaleza un carácter moral inflexible, Henry no pudo ocultarse bajo una máscara por conveniencia, y pronto tomó su decisión. Abandonó Londres y la iglesia anglicana, que en esa época parecía estar sumida en el letargo y la mundanalidad.

Al regresar a Plymouth, el recién convertido se encontró con un extraordinario grupo de hombres que también habían abandonado sus iglesias y se habían unido para formar el grupo de “Los Hermanos”. Se dedicó al estudio de las Escrituras con gran diligencia, y esparcía fervientemente el Evangelio de salvación.

Mientras tanto, a través de las más inesperadas circunstancias, Dios estaba trasladando al mismo vecindario a la mujer que habría de ser la esposa de Henry Soltau. Lucy Tate, una adinerada joven que había quedado huérfana y amaba las frivolidades del mundo, consumía la mayor parte de su tiempo junto a sus dos tutores viajando durante meses por el continente europeo, principalmente por Italia. Pasaban el invierno entre la gente elegante de Plymouth, disfrutando de una continua sucesión de frivolidades mundanas.

“¿Cuál es el calendario social de la temporada?” Preguntó Lucy al llegar a su hotel en Plymouth ese año en particular. La respuesta del propietario la sorprendió. “Plymouth ha enloquecido desde la última vez que usted estuvo aquí. Ya no hay bailes en la ciudad, pues todos asisten a reuniones religiosas. Si desea obtener un asiento en el gran salón de conciertos, tendrá que estar allí con una hora de anticipación.”

A Lucy le desconcertaba el pensar que la gente que ella había conocido “se hubiera convertido”, pero la curiosidad y el deseo de estar con la multitud la impulsaron a asistir al servicio de la noche. La frivolidad se fue esfumando bajo la intensa y ungida predicación; así que después de asistir algunas noches, Lucy y sus dos acompañantes ya se contaban entre los creyentes.

Cuando regresó a su casa, la joven cristiana buscaba con celo difundir el mensaje entre sus vecinos. Sin embargo, sintiendo la profunda necesidad de cimentar su conocimiento de la Palabra de Dios, hizo otro viaje a Plymouth, donde conoció a Henry William

Soltau. Se casaron en 1841; y en esa situación espiritual tan favorecida, Henrietta nació de nuevo en Devon el 8 de diciembre de 1843.

Como familia, los Soltau encontraban sus gozos espirituales y sociales dentro del mismo círculo de su hogar. Los padres buscaron hacer de él un punto de atracción para sus nueve hijos, quienes se incorporaron al intenso trabajo de su padre para difundir el Evangelio. Etta, como le llamaban familiarmente, permanecía de pie durante horas junto al caballete de su padre mientras él preparaba los dibujos para ilustrar su muy conocido libro *El tabernáculo*, que después de tantos años, todavía se vende en las librerías.

Henrietta no sólo ayudaba a su padre con sus trabajos literarios, sino también lo asistía cuando daba sus testimonios al aire libre; de esa manera ella recibía parte de los abusos con que se atacaba a los “innovadores” como su padre.

A los once años Henrietta recibió el testimonio de haber sido aceptada en la familia de Dios. Robert Chapman, hijo de Sir George Chapman, había renunciado a los círculos de la Corte para convertirse en un humilde predicador entre los Hermanos, y era conocido y amado por la familia Soltau. A él acudían los niños para hacerle sus confidencias sobre su nueva fe, y fue él quien bautizó a la madre y a tres de sus hijos.

Cuando más tarde en su vida el padre se quedó totalmente ciego, las hijas mayores tuvieron el privilegio de guiarlo a los lugares donde debía cumplir con sus compromisos de predicación; y pasaban horas leyéndole en voz alta sus libros teológicos y científicos. De esa manera, la mente receptiva de Etta absorbió muchos principios fundamentales de la fe cristiana.

Un evento que ocurrió en la primavera de 1866 iba a producir cambios dentro de este devoto círculo familiar. Hudson Taylor iba a llegar a ese lugar para explicar las necesidades en la China. El Sr. Soltau pensaba que era un evento único la llegada tan especial de este misionero a Exeter, que era el pueblo al que la familia se había trasladado. Así que alquiló el Salón Ateneo para

la ocasión, y pidió a sus hijos que distribuyeran los avisos. Etta estaba muy emocionada, porque raramente había visto a su padre tan entusiasmado por algún predicador. Ella fue tremendamente conmovida por el llamado del misionero, y se ofreció para ir a China.

Mientras contemplaba seriamente trabajar en el extranjero, Etta enfermó de gravedad. La familia se reunió alrededor de su cuerpo inconsciente creyendo que estaba muriendo. Pero en un sueño, cuando ella estaba a punto de entrar a la Ciudad Celestial, el Señor se lo impidió diciéndole: “Todavía no, hija mía, todavía tengo para ti trabajo que debes hacer. Aún tienes que aprender a pelear con éxito la guerra espiritual.”

Debido a que su debilidad física no le permitió responder en forma inmediata al llamado a la China, Etta se hizo disponible a todos los que la rodeaban, y fielmente se dedicó a visitar a los enfermos y necesitados en su vecindario.

Pasaron nueve años, y Henrietta consideró ofrecerse nuevamente para trabajar en la China. Pero los eventos pequeños a menudo significan asuntos importantes. Durante una visita a Hudson Taylor, un devastador dolor de cabeza la derrumbó. Entonces, aunque el Dr. Taylor se dio cuenta de que esta frágil joven nunca lograría ir a China, vio en la educada y disciplinada mujer de treinta y dos años a la persona que urgentemente necesitaba para ocupar un puesto en Inglaterra. Él había estado orando porque apareciera alguien totalmente calificado que pudiera hacerse cargo de un muy necesitado hogar para hijos de misioneros.

Los amigos la desanimaron tenazmente en cuanto a la realización de esa empresa. Parecía temerario intentar dirigir una casa con los mismos principios de fe que dominaban la política de toda la Misión del Interior de la China. Sólo alrededor de 100 libras (\$175) estaban disponibles para la nueva obra, pero finalmente se arrendó una casa en Totenham, y una Srita. Blatchley ofreció colaborar y llevar los muebles y dos empleadas. Ocho pequeños, entre niños y niñas, completaron el hogar.

Poco tiempo después, un traslado de Londres a Hastings parecía estar en los planes de Dios. En ese hermoso lugar, la Srta. Soltau iba a aprender los principios de fe y total dependencia en Dios para satisfacer las necesidades económicas de su familia adoptada. Ella estaba convencida de que ninguna necesidad debía darse a conocer a los demás, ni siquiera a su propia madre, la cual se perturbaba mucho por la aparente obstinación de su hija en ese tema.

En ciertos momentos las cosas se habían puesto verdaderamente difíciles. La Srta. Blatchley tuvo que irse a causa de la muerte de un familiar, y se llevó con ella los muebles y las empleadas. Las 100 libras originales ya casi se habían terminado, y debían pagarse 6.18 libras y 2 peniques (más o menos \$12.00 en dinero de Estados Unidos)

Justo en medio de esa crítica encrucijada llegó una visitante a su casa. Al principio parecía un poco fría y muy inquisitiva, intentando averiguar sobre las necesidades financieras de la pequeña familia sin obtener éxito. Finalmente se levantó, diciendo que había sentido llevarle cierta suma de dinero a Etta. Al abrir el sobre habían 6.18 libras con 2 peniques, ¡la suma exacta que necesitaban! No es necesario decir que respuestas específicas a la oración como ésta, fortalecieron la fe de Henrietta.

Pasaron rápidamente los ocho años en los que ella asumió el papel de madre de esos pequeños. Ahora Henrietta era una obrera cristiana con mayor experiencia que antes, pero a pesar del éxito exterior, tenía conflictos internos que le provocaban un inquietante malestar. Eso fue la que la llevó a hacer el inventario de sus logros espirituales aquella víspera de Año Nuevo, lo cual había culminado en aquellas reuniones semanales en las que se reunían personas que buscaban lo mejor de Dios.

En esas reuniones habían leído y comentado la vida de Frances Ridley Havergal. La lectura de los maravillosos tratos de Dios con las almas había aumentado el hambre por tener otro encuentro poderoso con Dios. Esto fue así con Henrietta. Ella había tenido una profunda experiencia espiritual conocida como la “segunda bendición”. Ese término era prácticamente

anatema para muchos, pero esa bendición suplió precisamente la necesidad más intensa y profunda de su corazón. Ningún aumento en su actividad podía satisfacer el anhelo de esta mujer que seriamente buscaba más de Dios después de haber podido vislumbrar regiones más altas, y la inmensa gracia que estaba disponible. Henrietta Soltau describe el hambre profunda de su corazón en esa época:

Yo me sentía bajo el escrutinio del Dios santo, y clamaba en secreto por ser liberada del pecado interior, pero mi condición sólo parecía empeorar. Mi fuerza física estaba decayendo, los dolores de cabeza aumentaban, y yo pasaba días y noches en medio de profundo sufrimiento. Sobre todo, un sentimiento de la presión del pecado y del fracaso estaban permanentemente sobre mi espíritu.

Habiendo escuchado acerca de un hogar en el norte de Londres llamado “Bethshan, donde el poder restaurador del Todopoderoso Cristo era invocado para la sanidad de enfermedades, Henrietta planeó visitarlo. La providencia parecía favorecer el plan, pues todos los niños iban a estar fuera por vacaciones durante unas semanas. Todo parecía estar maravillosamente cronometrado para ayudar a la agobiada sierva. Pero uno de los niños enfermó con fiebre escarlatina, y durante siete semanas ella y el niño permanecieron encerrados en la casa. Sin embargo, Dios respondió a la oración de Henrietta de Su propia manera, al enviar a Su mensajera a la misma puerta de ella. La visitante estaba buscando una dirección, pero algo de su persona hizo que la Srta. Soltau le preguntara: “¿Podría decirme qué quería decir Frances Ridley Fabregal cuando hablaba de una ‘segunda bendición’?”

Sí, la visitante podía explicarlo y lo hizo, pero Henrietta aún estaba batallando contra antiguos prejuicios. “Tú no estás dispuesta a reconocer las áreas en que has sido enseñada equivocadamente”, le dijo la visitante. “Ten cuidado, no sea que consideres las tradiciones de los hombres más importantes que los mandamientos de Dios.”



Henrietta pudo ver a través de una visión como ella se había escudado detrás de los mandamientos de los hombres, y oyó que el Señor decía: “Suéltela y déjenla ir”. Ella se levantó como una mujer nueva. Un éxtasis de gozo la sobrecogió. Hasta los niños se preguntaban por qué habían desaparecido todas las líneas de su angustiada frente. “Yo he pasado esta tarde con el Señor Jesús y Él me ha hecho muy feliz”, les explicó.

La simultánea renovación física de su cuerpo acompañó a su renovación espiritual, y todas sus capacidades parecían estar energizadas por un fortalecimiento divino. Al hablar a las jóvenes en la clase de Biblia, en medio de lágrimas las asistentes fueron rindiendo sus vidas a Cristo una tras otra. Entonces puso atención a las desatendidas sirvientas en la sociedad elitista de Hastings. La *Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes* había sido organizada no hacía mucho tiempo, y la Srita. Soltau y su amiga sintieron que debían organizar una rama local. Entonces las necesidades de los conductores de autobuses la llevaron a organizar una merienda y una reunión para ellos.

En 1884, se le pidió a Henrietta que se hiciera cargo de los servicios nocturnos en el salón de la Misión del Ferrocarril. Las demandas espirituales que pesaban allí sobre ella, la hicieron cortar con otra tradición—la exclusión de las mujeres del ministerio. Su cuñada ya se había involucrado en la predicación al aire libre, y estaba experimentando libertad y resultados espirituales. Sus extensas labores en Hastings se habían ampliado grandemente, y era evidente que pertenecían a Dios. Pero la extraña sensación de un inminente cambio ensombreció sus restantes meses allí, como lo expresó en una carta a una amiga:

Tengo la extraña pero concreta conciencia de que Dios me está llamando a una senda fresca en Su servicio, y que Él está rompiendo todos los lazos que me atan a este lugar. Me siento impelida a decirte esto: Aún no he tenido guianza, pero cuando estoy ocupada justamente con el trabajo que he venido realizando durante los últimos ocho años, una voz resuena una y otra vez diciéndome: “Levántate y sal, porque este no es tu reposo”. A esa voz yo no puedo hacer otra cosa

sino responderle: “Heme aquí, Señor, envíame a mí”. No veo ningún paso inmediato que pueda dar, pero Dios seguramente tiene algo preparado, aunque yo aún no sepa qué.

Un telegrama del Dr. Hudson Taylor en mayo de 1889 indicaba justamente cual podría ser el cambio. La Misión del Interior de la China había absorbido en los dos años anteriores cien nuevos obreros en aquel vasto continente tan necesitado, y en el siguiente año les siguieron setenta más. El Dr. Taylor sentía la necesidad urgente de un hogar donde las mujeres candidatas al servicio misionero pudieran ser entrenadas antes de ser aceptadas, y la Srita. Soltau le parecía justamente la persona indicada para esa tarea. Pero ella no veía la perspectiva con el mismo optimismo. Su delicada salud hacía poco aconsejable su regreso a Londres. Además, ella sentía más adecuado su trabajo con los niños, en el que tenía un buen grado de libertad en cuando a su guianza, mientras que en el trabajo de entrenar a las candidatas se le pediría que trabajara con un comité, y sería financiada por la Misión del Interior de la China.

Aunque el Dr. Taylor parecía estar muy seguro, la Srita. Soltau necesitaba tener mayor evidencia de que esa era la voluntad de Dios para ella. Le pidió al Señor que el cuidado de los niños fuera provisto de tal manera, que el camino le fuera abierto para poder emprender esa nueva y más difícil tarea. ¡Asombrosamente eso fue lo que sucedió! Los niños, procedentes de cuatro continentes, le fueron quitados uno por uno, de manera que casi le daba temor ver a las providencias de Dios señalándole la senda que ella deseaba evadir.

Con reticencia, la Srita. Soltau arregló sus asuntos en Hastings y se trasladó a Londres, aunque temiendo que ese no fuera el mejor plan de Dios. Las dos casas colocadas en la forma monótona y deprimente que era característica de esa sección norte de Londres, contribuyeron a bajarle la moral. El comedor y el estudio con sus largas mesas y sillas de madera tallada ya listas para recibir a las candidatas, parecían acentuar la monotonía exterior. Los temores la atormentaron, y la soledad

la acosó durante ese primer mes en Londres. Ella registra sus cuestionamientos internos: “¿He cometido el mayor error de mi vida? ¿Podrá ser que el traslado de los niños no haya sido un acto de Dios para liberarme, sino que haya sido una mera coincidencia para probar mi vocación?”

En Enero de 1890 se presentó la primera candidata, a quien pronto siguieron otras con carácter definido y devoción personal. Pero en qué forma prepararlas para la ardua tarea en el extranjero, permanecía siendo un misterio.

En medio de sus múltiples quehaceres recibió una carta de una amiga invitándola a unirse a uno de los grupos que se reunirían en casas en la Convención de Keswick. Ella quería asistir, pero deseaba estar a solas para poder descubrir la respuesta al tema de su vocación. Afortunadamente se le dio un cuarto para ella sola, y así nos comenta el encuentro fresco que tuvo con Dios:

Los días estaban cargados de reuniones. Yo no me sentía en comunión con los otros en la casa, y no es necesario decir que no hice esfuerzo alguno por hacer amistad con ellos. Pasé las horas entre las reuniones en solitaria meditación. Me sentaba en la tienda día tras día a escuchar muchas cosas de profundo valor espiritual, pero nada captó mi atención hasta la última mañana cuando Hubert Brooke habló sobre Deuteronomio 18:6,7: “Y cuando saliere un levita de alguna de tus ciudades de entre todo Israel, donde hubiere vivido, y viniere con todo el deseo de su alma al lugar que Jehová escogiere, ministrará en el nombre de Jehová su Dios como todos sus hermanos los levitas que estuvieren allí delante de Jehová.”

Mientras él hablaba de ir con todo el deseo del corazón al lugar que el Señor escogiera para nosotros, el Espíritu de Dios puso en mí la convicción de que un sutil descontento estaba poniendo en peligro de naufragio mi utilidad en el nuevo ministerio que Él había escogido para mí. Reconocí que la razón de mi inquietud era que yo no había llegado con todo el deseo de mi alma al lugar que el Señor me había asignado. La diferencia fundamental entre la aceptación pasiva de la voluntad de Dios, y escoger esa voluntad con todo el deseo del alma, se había hecho muy clara para mí.

¡Qué maravilloso es que el alma que verdaderamente la busca, pueda ver con claridad cuál es la voluntad de Dios para su vida! El peligro consiste en que en lugar de esperar en Dios, podemos llegar antes que Él, o quedarnos atrás de Él sin llegar a conocer su voluntad perfecta.

Estando ahora completamente persuadida de la voluntad de Dios, Henrietta prosiguió con entusiasmo su trabajo entre las candidatas a misioneras. Rápidamente pasaron siete años antes de que Hudson Taylor volviera a Inglaterra de nuevo. Él pensó en la conveniencia de que una persona que ocupaba un cargo tan importante visitara la China para que pudiera ver con mayor claridad las necesidades, y de esa manera pudiera entrenar mejor a las futuras misioneras. Aunque por largo tiempo la Srita. Soltau había deseado realizar ese viaje, no estaba muy segura en su corazón de que ese fuera el tiempo de Dios para hacerlo.

Sin embargo, ella lo hizo y visitó cuarenta y cuatro estaciones misioneras después de haber recorrido seis mil millas. Vivir en las casas de los misioneros cambió sus puntos de vista en muchos aspectos. Pudo ver que era vital preparar a las jóvenes candidatas para amoldarse a otros misioneros en los que existían diferencias culturales, de origen, de nacionalidad y, sobre todo, de personalidad.

En su viaje de regreso a casa, Henrietta visitó a su hermano William que estaba trabajando con la Misión McAll en Francia. Estando allí, recibió la petición urgente de su antigua amiga, la Sra. Penn-Lewis, que yacía gravemente enferma en Rusia, de que la visitara. Esto le dio la oportunidad no sólo de fortalecer a la enferma, cuya salud mejoró, sino también de ministrar y alimentar a los secretos discípulos de Cristo entre los campesinos y la realeza rusa. Así cumplió Dios la promesa que hizo a Sus discípulos: “Y me seréis testigos... en las más remotas regiones de la tierra.”

Al regresar a Inglaterra, la Srita. Soltau solicitó una vez más que el hogar se llevara por fe, para no presionar al ya muy cargado C. I. M. con mayores obligaciones financieras. Mientras tanto, durante todos esos años Henrietta mantuvo puertas abiertas y

dio espléndido alojamiento a muchos, sin incurrir nunca incurrió en despilfarro. El secreto de la permanente bendición fluyendo de la vida de Henrietta durante años, puede encontrarse en su perseverancia de pasar tiempo a solas con su Señor. El gong sonaba a las 6:30 en el Hogar de las Candidatas, pero no se sabe la hora en que esta pequeña mujer llena de energía se levantaba para pasar tiempo con su Señor en medio de su ocupada vida, para poder así escuchar después a las almas ansiosas y darles el consejo apropiado. Ella siempre rehusó que le fuera llevada la taza de té de la mañana a su dormitorio, porque no permitía ninguna intromisión hasta que hubiera tenido su encuentro con Dios.

Una noche su sueño había sido disturbado. Ella se había levantado a orar, pero después se despertó una segunda vez. El verso que había leído en su devocional, le había hecho sentir que un grupo de misioneros que en esos momentos se encontraban en el Mar de la China se encontraban en peligro. Ese verso era: “Cuando pases por las aguas yo estaré contigo, y si por los ríos, no te anegarás”. Ella se sumergió en una profunda intercesión hasta que su atribulado espíritu encontró descanso. Después supo que algunos misioneros realmente habían estado en peligro en el Mar de la China, y que uno de ellos había clamado: “¡Oh, si la Srita. Soltau pudiera conocer de este peligro y orara por nosotros!”

Durante veintisiete años la Srita. Soltau entrenó a quinientas cuarenta y siete jóvenes que pasaron por sus manos en ruta a la China, y otras que fueron aceptadas por otras asociaciones para el servicio en el extranjero.

A causa de un derrame cerebral que la dejó imposibilitada de su brazo derecho, fue trasladada a la enfermería de la Misión Interior de la China, donde terminó sus días el 5 de febrero de 1934. Nadie lloró su muerte, porque todos sabían que ella había sido trasladada a la presencia de Aquel cuyo rostro ya había conocido por fe durante mucho tiempo.

Es interesante que la anotación del diario de esta cristiana de ochenta y nueve años en la víspera de Año Nuevo de ese

año, fuera diferente a las anotadas en ese mismo día los años anteriores. En lugar de escribir “Soy falta en todo aspecto”, esta anotación decía: “Él me corona de favores y misericordias al entrar a este nuevo año. ¡Por cuántas cosas debo alabar a mi Señor! Salmo 103.”

